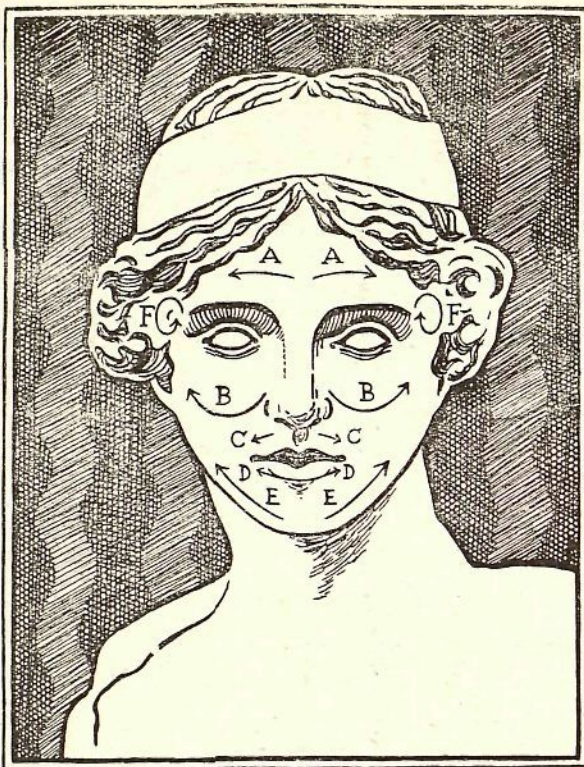


Dib. SOKA.—Madrid.

EL DEL SILLÓN.—Chico, ¿has visto? Creo que a Pepe se le ha declarado la meningitis.
EL OTRO.—¡Qué barbaridad! Esa bailarina rusa del Real, ¿verdad?



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

CUPÓN

correspondiente al núm. 154

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

7.—Un futbolista español.

ARTÍCULO
PARA EL ACEITE

8.—Para hacer paños.

B
DIABLO — S

LOS

famosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SON

infalibles para la destrucción de toda clase

: :: de insectos :: :



SOMBREROS BRAVE 6 · MONTERA · 6

9.—En el otoño.

—¿Qué ha salido de cuarta-dos?
—Cien pesetas para las dos-tercia del horno.
—¿Y tú en tres prima-tercia las llevas por veinte duros?
—Son cuarta-tercia, pero me comprometo.
—Pues que no vuelvas con la carga hecha todo.

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de noviembre.

10.—Defecto.

El excelentísimo señor J. O. descerraja un mueble en casa del vecino y se apodera de diez mil duros.

11.—Animalucho.

1000 ESTRECHA

12.—Reptiles.

Nada menos que a El terciá-prima enviaron a Samuel en busca de su dos-prima que se hallaban comprando todo.



—Mozo: este vino me parece demasiado joven.
—Por eso se lo he dado. Todavía no lo ha bautizado el dueño.

(De Pêle Mêle, París.)

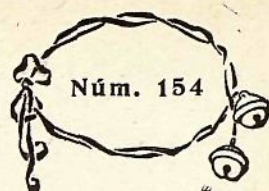


Los entusiastas
partidarios de los depor-
tes son también conven-
cidos partidarios del
A G U A D E
COLONIA AÑEJA

Conocen la deliciosa sensa-
ción de bienestar y frescura
que proporcionan, después
de las violencias del ejercicio
físico, unas buenas fricciones
con esta exquisita Agua de
Colonia, compuesta de alco-
hol neutro de 90° y esencias
concentradas de flores y fru-
tas. Es un eficaz estimulan-
te de la energía física. Toni-
fica los nervios y da a los
músculos agilidad y vigor.

Frasco de litro, 15 pts.; frasco pequeño, 2,50
en toda España.

PERFUMERÍA GAL. -- MADRID



LOS GUANTES VERDES

(SINFONÍA EN VERDE MAYOR)



Yo conozco un afilador que tiene unos vistosos guantes verdes: únicos, incomparables, estrepitosamente grandes y estrepitosamente verdes. Mas para la próxima temporada ya los considera inservibles, y me ha suplicado que, antes de arrinconar definitivamente sus guantes, yo les haga un elogio.

He aquí lo que le contesté:

«¡El color verde, casi nada!... Las esmeraldas son verdes y los espárragos pericos. Los ojos de las mujercitas embrujadoras son verdes. (Véase Pastora Imperio.) Los gatos, cuando nos bufan arqueando el lomo, ¿no tienen una fosforescencia electrificante en sus pupilas verdes? ¿Las olas del mar? (exceptuándose el mar Negro, el mar Rojo y el mar Blanco). Las praderas bucólicas donde rumian unas vaquitas, apriscan unos corderitos o rebuznan y cocean unos borriquitos, ¿no son verdes?»

«¿No sabemos de la fábula de «Están verdes, como antaño?»

«¿No es castizo lo de «la mancha de la mora, con otra verde se quita», y lo de «verde y con asas...?»

«¿No solemos decir: «¡Vaya un verde que me he dado esta tarde!»

Nerón, ¿no miraba todo lo interesante a través de una esmeralda?»

«¿No dice el cantar:

... y el pino como era verde,
de verme llorar, lloraba?»

Las coronas de laurel, verdes son. Las cotorras, verdes. Las aceitunas sevillanas, verdes. Al amigo que nos debe y no nos paga, ¿no le ponemos verde?»

Todo lo expuesto evidencia que el verde es el color de

más aplicaciones. La *ola verde* es del dominio público.

Sin embargo... ¿Por qué nos causan tal sensación tus guantes grandes y verdes?

Aparte el tamaño y forma que te obligan a llevar los dedos de la mano completamente separados, indudablemente nos deslumbran por lo vivo de su tonalidad: parecen hechos de ese paño musgoso de las mesas de billar. Cuando presenta la palma de la mano extendida dan deseos de hacer un nacimiento en aquella extensa planicie vegetal, o, empuñando el taco, de jugar una carambola por tablas. Cuando entras y

sacas repetidamente las manos de tus grandes guantes parece asistirse a una noche de Banda Municipal en Rosales, y se espera que, en vez de la mano profundamente escondida en aquel gran estuche verde, salga un reluciente y tremendo contrabajo, un gran violón... ¡Quién sabese hasta un hermoso piano de cola!

Yo te admiro, hombre de los guantes verdes; tú, que eres mediocre, afilador y gallego, tú, has tenido la espiritualidad de personalizar tus guantes merced a su color incomparable, a su tamaño incomparable y al incomparable uso que has sabido hacer de ellos. Tú lograrás elevarte cien codos so-

sobre los que no somos todo lo que tú eres; esos guantes tuyos pasarán a la posteridad como algo incomprensible y quimérico. Si los pasados siglos tuvieron a Petronio, a Oscar Wilde y a Brummell el dandy que primero usó guantes amarillos, y a otros muchos, en éste contará la Historia con el hombre de los guantes verdes, no por el hombre, sino por sus guantes magníficos. ¿Por qué no te suicidas, matas o robas? ¿Por qué no haces una película truculenta? ¡Serían tan sugestivas y atrayentes estas titulares:

«El misterio del Hombre de los Guantes Verdes».

«Una pista: el Guante Verde».

«La marca de los Guantes Verdes...»

En fin, yo no pierdo la esperanza de robarte tus guantes únicos, porque tal vez que en lugar de hallarse la felicidad en la camisa del hombre feliz y descamisado, se encuentre en la sima insondable de tus guantes.

Por algo son verdes. Y la esperanza... también es verde.



Dib. SILENO.—Madrid.

ALBERTO SARRAT

EL QUE QUIERA HONRA, QUE LA GANE

I

Pues señor... cierto padre de familia para quien todo el año era vigilia, no encontrando un empleo de su gusto con el que poder dar al hambre un susto, los sesos desvanábase, afanoso por hallar algo nuevo, algo ingenioso, que, si no con derroche, holgadamente permitiera al cesante vivir en adelante sin temor al futuro ni al presente. Sucedió... que una noche, desvelado por el hambre mortal que padecía, tanto aguzó el ingenio el desgraciado que, conforme quería, inesperadamente; iluminó su frente un rayo de alegría.
«¡Eureka!»—dijo—y con la faz radiante de sin igual contento, repelía, contemplando su albergue repugnante: «¡Aquí vivió y murió un pobre cesante!»

II

Aún no rayaba el día cuando en la Dirección de Policía se presentó el hambriento:
—¿El señor director?
—No está visible.
—le dijo un ordenanza.
—Lo lamento.
Me urgía mucho verle.
—Es imposible.
Sólo está el inspector y si usted quiere puede pasar a verle.
—No es preciso.
Esperaré...
—Será inútil que espere.
—Veré al inspector, pues. Con su permiso.

III

—¿Da su venia?
—Adelante.
—Caballero...
—Usted dirá...
—Se trata de un asunto por demás delicado, a lo que infiero.
—Bien. Comenzad.
—Al punto.
Vagaba a la ventura, renegando, cual siempre, de mi vida perra, cuando al llegar a la calle de la Espada (no serían las cinco todavía) atrajo mi mirada algo que en la calzada mil rayos de colores despedía. Observé en torno mío... Ni un alma por la calle se veía. Temblando de emoción, más que de frío, me apoderé al momento de aquello que en el suelo relucía y fué tal la sorpresa que sentí, ante el hallazgo, que fuí presa de un desvanecimiento. Porque lo que mi mano aprisionaba era esta magna joya, que os entrego, y que, en la obscuridad, tanto brillaba que, más que deslumbrado, quedé ciego.

Y ahora, señor, un ruego.

—Decid.
—Es un favor que solicito.
—¡Hola!...
—No es lo que usted, sin duda, piensa.
—Bien...
—Que advierta a su dueño que no admito ninguna recompensa.
—¿Pues?
—Porque, aunque soy pobre, la verdad, se opone a ello, señor, mi dignidad. Y cuando retirarse simulaba el inspector, que absorbo contemplaba la magnífica joya, lejos de imaginarse la tramoya, brindándole un asiento, invitó al harapiento a que le refiriera, si no la vida entera, lo más interesante de su historia de mísero cesante.

IV

Los primeros periódicos del día el hecho en sus columnas relataban y al digno director de Policía, todos, de acuerdo mutuo, le rogaban que cerca del Gobierno intercediera en pro del infeliz menesteroso que, falto de lo más indispensable, se había comportado de manera tan noble, y cuyo rasgo generoso haríase, sin duda, memorable.

V

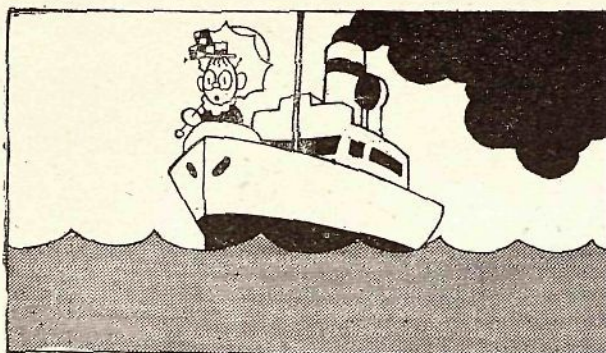
—¡Un abrazo, vecinal!...
—Según eso, la trama...
—¡Se adivina!...
Vea usted lo que dice este diario, Gracias a su presea seré dentro de nada... ¡millonario!
—Celebraré de veras que así sea.
—¡Magna joya la suya!
—No lo crea.
—Pocas he visto igual; se lo aseguro.
—Pues no sé si pagué por ella un duro.
—¡Por los clavos de Cristo!...
—¿Pues?
—Señora;
De hinojos se lo pido:
Vaya a la Dirección hoy, sin demora, y retire la alhaja acto seguido.
—¿Pero cómo ha podido suponer otra cosa?
Si, conforme es barata, se trata de una alhaja más valiosa, acaso, no le hubiese complacido.
—Noticia poco grata...
En fin; mi suerte ha sido dar con un inspector poco entendido.

VI

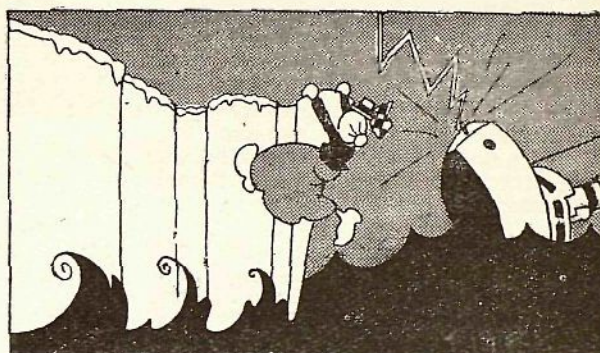
Dos semanas después el harapiento, prestaba sus servicios en Fomento.

FERNANDO SALAZAR DE YESTE

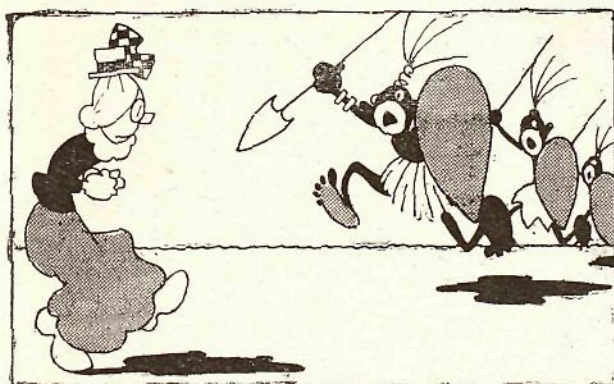
HISTORIETA, POR LÓPEZ RUBIO



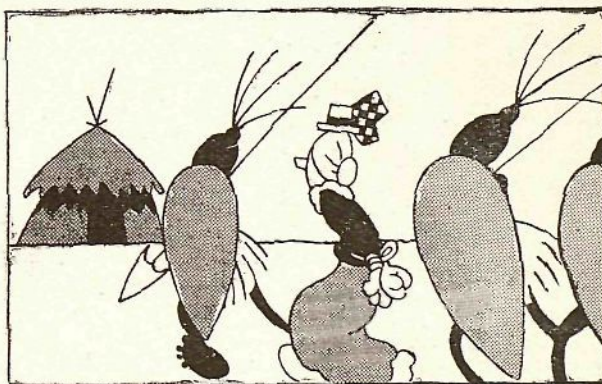
Miss Etelvina C. W. Plumkake, leader del partido sufragista de Glasgow, volvía a su país, después de una larga estancia en Rusia;



cuando una terrible tempestad la hizo naufragar en los terribles acantilados de las costas de la isla Manganesia,



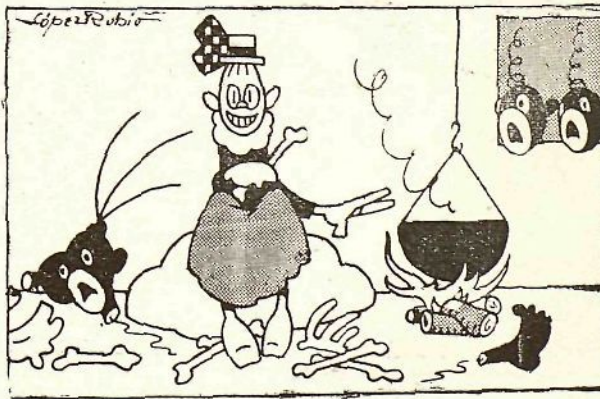
donde, con el canguis y el terror consiguientes, se vió prisionera de los feroces negros Tripa-Tripa,



que la condujeron a la cabaña real con la regocijante intención de desayunársela al siguiente día.



Y pasó aquella terrible noche.....
.....
Cuando a la mañana siguiente



las mujeres de la tribu fueron al desayuno, se encontraron con que miss Plumkake había devorado al rey y su corte.

CUESTIONES DE POCO PESO

LA TOS FALSIFICADA

La Literatura en general y el Teatro en particular han acordado que la tos —el modo de toser, mejor dicho— se escriba de esta manera: «¡Ejem! ¡Ejem!»

Ignoro qué motivos existen para que la Literatura y el Teatro sostengan una forma de expresión tan absurda y tan evidentemente inexacta. ¿Quién ha dicho que la tos, por muy literaria, por muy teatral que sea, consiste en un doble gruñido inarticulado e idiota?

La tos, especialmente en invierno, constituye uno de los espectáculos más frecuentes y vulgares de la vida. Se tose en todas partes y a todas horas: en casa, en el tranvía, en el comercio de sedas, en la tienda de comestibles, en el juzgado municipal, en el de primera instancia, en la iglesia y en el teatro. Sobre todo, en el teatro. No hay momento teatral interesante en el que los

espectadores se priven de la amable distracción con que fatalmente les obsequia algún catarrazo. Y como la tos tiene, entre otros notables inconvenientes, la condición de ser contagiosa, he aquí que cuando algún espectador tiene la delicada ocurrencia de empezar a toser durante un parlamento feliz, otro espectador le secunda, y otro imita a ambos, y otro sigue a los anteriores, y así sucesivamente, hasta que, a los dos minutos, la sala entera, desde el gallinero a las butacas, es un unánime concierto de toses, a cual más impertinente y reiterada. Todo el público tose: los grandes y los chicos, la señora casada y la niña soltera, el que ha pagado la localidad que ocupa y el que ha entrado de gorra, el acomodador, los bomberos, los profesores de orquesta y hasta los cómicos. E indiscutible-

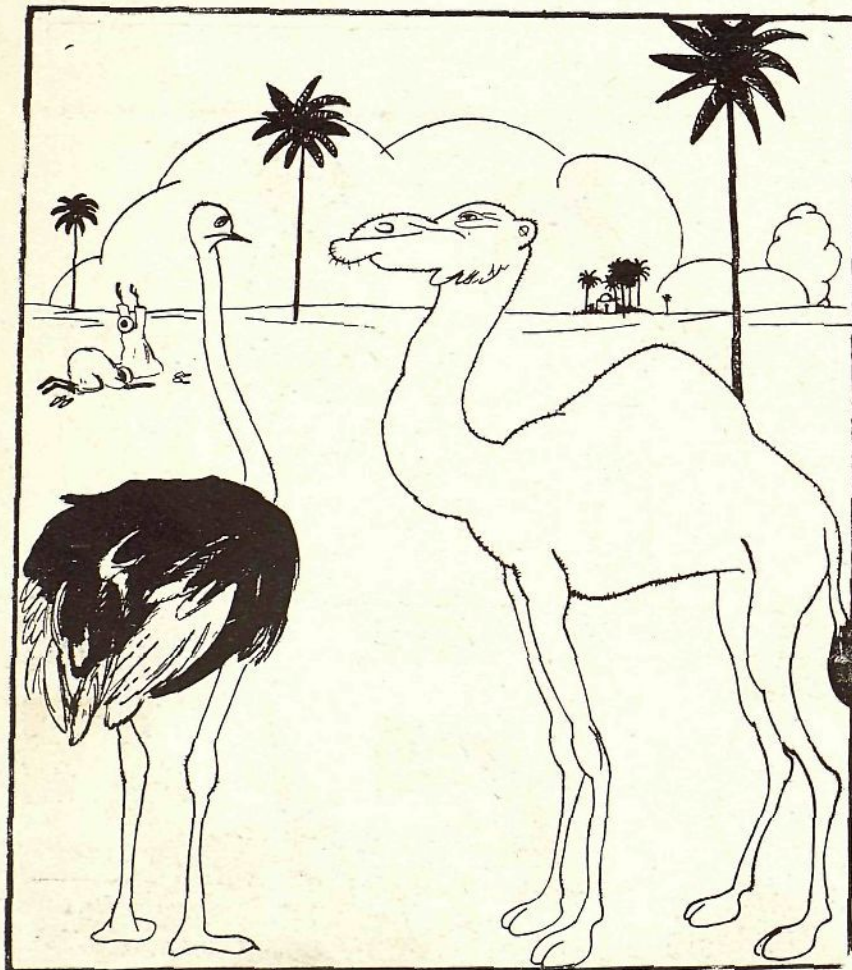
mente, nadie, al toser, dice: «¡Ejem! ¡Ejem!»

Cada cual tose como le da la gana, o como le parece más adecuado para sus fines particulares, sin someterse jamás a estilos determinados. Unos, exhalan un ronquido sonoro y bestial, que retumba lo mismo que si hubiesen disparado un cañonazo. Otros, expelen un pitido agudo y chillón, de cupletista en ciernes o de gato al que pisan el rabo, que viene a ser lo mismo. Quién, tose a lo mosquetero, extrayendo del fondo del abdomen una voz engolada y subterránea y erizando los bigotes para mayor magnificencia. Quién, lo hace de un modo litúrgico y conventual, carraspeando tímidamente, como si de hacerlo en forma resuelta, existiera el peligro de que se hundiese el mundo. En una palabra, así como cada cual tiene su sistema para matar pulgas, así tiene también su manera de toser. Pero nadie dice «¡Ejem! ¡Ejem!»

¿En qué se fundan, pues, los señores literatos para afirmar que la tos consiste en esas palabras tan vacías de sentido como difíciles de pronunciar? ¿Con qué derecho invitan a sus personajes a decir las cuando tosen, si no responden a la realidad? Por supuesto, los tales personajes maldita la atención que prestan a tales indicaciones. Y hacen muy bien. Porque habría que ver el escándalo que se promovería en el teatro si saliese un actor y dijera: «Estoy muy acatarrado. ¡Ejem! ¡Ejem! No dejo un momento de toser. ¡Ejem! ¡Ejem! Tendré que meterme en la cama. ¡Ejem! ¡Ejem!...» Al cuarto «¡Ejem! ¡Ejem!» el actor de referencia no tendría ya necesidad de sudoríficos, porque el público le habría asesinado.

No, no es posible. Ese convencionalismo no debe prosperar. Pudo tolerarse mientras en la Literatura vivieron personajes de trapo y en el Teatro se comían pollos de cartón; pero desde el momento en que la realidad se impone y los personajes y los pollos son de carne y hueso, hay que ir pensando en substituir esa tos falsa por la verdadera tos.

¿Qué cómo se traduce en palabras la verdadera tos? Teóricamente, yo no lo podría asegurar, pero prácticamente... De los doce meses del año, me paso nueve tosiendo en todos los tonos y a todas las horas, con una tenacidad digna de más caluroso aplauso. Puedo, por consiguiente, dar lecciones de tos. Y puedo, además, jurar con la mano puesta sobre los bronquios, que, a pesar de haber tosido tanto en este valle de lágrimas, jamás, jamás se me ha ocurrido decir, al toser «¡Ejem! ¡Ejem!»



Dib. SAMÁ —Madrid.

EL AVESTRUZ.—¡Me han dicho que te vas y me dejas!...

EL CAMELO.—Sí, chica; me voy a París de profesor de baile.

MARCIANO ZURITA

LA PROSA SOBRA NTE

Todo el mundo, en casa, debíamos tener un gran recipiente donde volcásemos para entregarlo al basurero la cantidad de prosa vieja, usada e inútil que derrochamos durante ese bonito deporte llamado «tacto de codos.»

No negaremos que el hombre es un animal sociable; pero hay que reconocer que este animal se excede, y que de su cuquería o su estupidez o su cortesía fluye una transpiración copiosa, especie de secreción verbal perfectamente curable.

Nuestra conversación abunda en poros, siempre abiertos, de los que se escapa a porrillo un humor retórico, palabrero, vano y profuso, que no se ha examinado bien todavía en ninguna sala de disección.

Veamos lo que decimos en el curso de las veinticuatro horas del día:

—Hola; ¿qué tal? ¿Y la familia?

—Bien, ¿y la tuya?

—¿Qué te cuentas?

—Nada de particular.

—Bueno, hombre; bueno. Estás más gordo, chico.

—¡Pchs...! Pues tú tienes ahora mejor cara que antes.

—¿Sí? Qué se yo. Te diré. Hace un año pesaba setenta y dos kilos. He perdido seis. El caso es que todo el mundo me dice lo mismo... Etcétera.

¿No podría arrojararse impunemente todo este diálogo a la lata de la basura?

Recibimos una visita:

El prefacio ocupa buen número de palabras; todas ellas las tacharía, sin sofocarse, el empleado de telégrafos.

—Buenas tardes. ¿Cómo vamos, señora?

—Muy bien, gracias. ¿Y por su casa?

—Perfectamente. ¿Y Aurorita? ¿Y Encarnación? ¿Y doña Laura? ¿Y Manolo?

—Como siempre; cada uno con lo suyo.

Pausa, que tampoco sirve para nada.

—¡Qué tarde tan hermosa!

—Magnífica, sí, señor. Ya era hora.

—El caso es que, para el tiempo que tenemos, podía apretar el frío.

—Exacto. Otras veces, por ahora, llueve a cántaros.

—Este Madrid es incomprensible. ¿Ha visto usted cómo cambia la temperatura en un momento?

—Anoche mismo. Por la tarde salí a cuerpo, y a la hora de cenar, se echaba de menos el abrigo.

—Yo no sé cómo vivimos. Mi esposo dice... Etcétera.

Todo lo que se ha cotorreado hasta llegar a la transcripción del cónyuge, sobra, estorba, entorpece, obstruye, quebranta y abruma. Estas virutas de la conversación, esta cáscara de la trivialidad, ¿no merecen desecharse?

Un buen señor, distraído, nos destroza el pie, de un pisotón.

—Perdone usted —nos declara emocionado—. Ha sido sin querer.

Su gesto es tan «rípido» como nuestra sonrisa de doloridos.

Poco después nos acercamos corriendo a un transeúnte. Nueva fronda locuaz, que una escoba se llevaría lejos:

—Es usted, por casualidad, Fulano?

—No, señor; sin duda se ha equivocado usted.

Al entrar en casa, nos acomete un amigo:

—¡Hombre! ¿Has venido ya? Me han dicho que estabas fuera.

—Sí; pero ya he regresado. Te lo juro.

Por la noche, en el entreacto, sigue la liquidación y saldo de frases innecesarias, de ruido inservible:

—¿Qué? ¿Ha venido usted a ver esto?

—Sí, señor. Hay que pasar el rato.

—Está la sala muy bonita.

—Otras noches viene más gente.

—Verdaderamente, la compañía es floja.

—¡Pues si fuera usted a otros teatros!

Etcétera. Etcétera. Rindámonos a los etcéteras como a una fatalidad consabida. Y, a la mañana siguiente, tomemos la pluma y escribamos a un individuo cualquiera: «Muy señor mío, de toda mi consideración»; y vayamos a la casa de otro preguntando por él, para que la doncella nos diga gravemente: «Voy a ver si está el señorito»; y leamos novelas de cuatrocientas páginas que hubieran quedado tan brillantes reducidas a cincuenta; y roguemos a la señorita telefonista que «tenga la amabilidad de ponernos en comunicación», para que después no le dé la gana; y demos la enhorabuena a quien nos fastidia, y metámonos en el café, donde se pasa tan ricamente el tiempo hablando de mil asuntos importantísimos que nos tienen sin cuidado.

E. RAMIREZ ANGEL



Dib. GARRIDO.—Madrid.

—Oiga amigo: ¿es ése el camino de Villabrutos?

—¡Ni usted es amigo mío, ni ése es el camino!...

LAS COSAS DE LOS TEATROS

UNA, DOS, TRES, CUATRO...

Un poco más de Pirandello. El buen periodista Paco Gómez Hidalgo nos lo trae otra vez, y como viene de la mano de tan buen camarada, no tenemos más remedio que acogerlo con la sonrisa en los labios...

Signora Morli una e due, se titula la comedia estrenada el sábado anterior en el Cómico, por Matilde Moreno.

Y... verán ustedes.

Evalina Morli es una de esas mujeres casadas que han tenido desavenencias conyugales y se han visto en mitad del arroyo por culpa del amante esposo.

La pobre señora, acuciada por la necesidad—¿cómo lo diríamos?...—, tiene que practicar un poco de la polian-dria. No precisamente la poliandria «de ave de corral», de que hablara una vez Joaquín Belda, pero sí lo suficiente para que ella, que tenía un hijo con su esposo, vea, pasado algún tiempo, cómo le aumenta la familia por obra y gracia de un amigo, protector, «socio» o como ustedes quieran llamarle: la señora Morli tiene, por tanto, una hija de «extranjis», y un hijo de su matrimonio legal.

Y aquí viene el *una e due*, que pudiera ser tres, cuatro, diez y veinte... según la intensidad en la elaboración del producto «hijo», a que ella pudiera

dedicarse con otros tres, cuatro, diez, veinte ciudadanos distintos.

Evalina—Eva, para el marido; Lina, para el amante, ¡que se llama Carpani!—vive feliz y sosegada en su segundo papel de madre de familia, cuando, de pronto, el esposo y su hijo la reclaman. Y ella acude.

Ya tenemos a Lina convertida en Eva. Eva goza de la vida en unión de su esposo y de su legítimo vástago... Monta a caballo, se balancea en un columpio; triunfa plenamente. Con esto de la equitación y de las oscilaciones en el aire, se da una perfecta sensación de la vida agitada de Eva, según nos dicen. La mujer «dos», pasa a ser la mujer «una».

Pero he aquí que el amante, un poco amoscado, busca nuevamente a su Lina... y Eva acude al llamamiento y pasa de mujer «una» a mujer «dos», o sease a Lina, como se pretendía.

¡Y acaba la comedia!

¿No es verdad que es muy interesante?

Claro es que, si Evalina llega a fracasar con su amante Carpani, y tiene necesidad de buscarse un tercer «arri-mo», y este nuevo amor produce un nuevo fruto y le ocurren los mismos incidentes, hubiéramos contemplado el tercer aspecto de la señora Morli y se hubiese repetido el juego.

Y luego, el cuarto... y el quinto... etcétera, etc.

El único inconveniente hubiese sido el nombre. De Evalina, se pueden sacar Eva y Lina.

¿Cómo se llamaría esta pobre mujer, de ocurrirle tres o cuatro aventuras más?

¡Oh, Pirandello!

«UNA YANQUI EN PARIS»

Mimi Aguglia estrenó una comedia cómica que lleva por título *Una yanqui en París*.

Háganse ustedes cargo. Se trata de la obra de una americana, escrita por un francés; traducida luego al castellano y representada en nuestro idioma por una artista siciliana.

¿Recuerdan ustedes el episodio de la Torre de Babel?

OTROS ESTRENOS

Hablé a ustedes en mi crónica anterior de que no alcanzaba—precipitaciones de ajuste del periódico—a comentar la inauguración del teatro Fontalba, y el estreno de la comedia del ilustre D. Jacinto Benavente, *La virtud sospechosa*.

¡Pero ha pasado tanto tiempo de aquello! La obra ya se ha hecho vieja. Imagínense ustedes que cada acto dura un par de horas: multipliquen a seis actos por día—función tarde y noche—los que han transcurrido, y se harán cargo aproximado, sobre todo si recurren al portentoso Inaudi.

¿Qué vamos a decir, pues?

Es mucho mejor adelantarse a los acontecimientos.

Y los acontecimientos que se anuncian en Fontalba, son gordos; muy gordos.

Nada menos que el estreno de una tragedia completamente oriental y completamente en serio, del nunca bien ponderado autor cómico D. Pedro Muñoz Seca.

¿Recuerdan ustedes lo que sucedió con otra tragedia—*Hugo de Montreux*, si no recordamos mal—estrenada por Muñoz Seca? Yo recuerdo perfectamente, de ésta y de otra, también por el estilo, que perpetró hace años en el Español.

Nos divertimos hasta que se nos rajaron las tripas. Y, según nuestros informes, el próximo estreno nada tendrá que envidiar a aquellos sucesos...

La pura verdad, farsa cómica de Paso y González del Toro estrenada en la Comedia, es la apología del embuste.

Pero la «pura verdad», es que la gente se divierte.

José L. MAYRAL



Dib.
SÁNCHEZ VÁZQUEZ
Málaga.

—¡Mira cómo vengo! ¡Cuando iba a cerrar el paraguas me di cuenta de que no lo llevaba!

¡DOS Y DOS!!

«Mi querido Juan: ¿Hoy, que es el día cuatro del mes de las Animas benditas, por curiosidad impetras que te ponga *cuatro letras* bien escritas sobre lo que hizo mi Patro? Pues ahí van esos detalles: Ayer, a eso de las *cuatro* salió de las *Cuatro Calles*. Que *¿cómo* salió? Al vapor, y no salió en *cuatro pies*, sino en el auto mejor del marqués. Abstraída en pensamientos peregrinos (que eran puros desatinos, según lo que averigüé), paró en los *Cuatro Caminos*, y después de no sé qué circulares movimientos, fué al campo que llaman de *Cuatro Vientos*. En aquel punto (teatro de horrores, según testigos oculares) recogió a un *chiquilicuatro* que estaba con *cuatro amigos*, simpáticos militares. Patro y Roque Matos Pérez (que así el pollo se apellida y es alférez) tomaron rumbo en seguida hacia un cuarto chiquitito y bonito que en el paseo del Prado habita una tal Mercedes. Yo no sé qué habrá pasado en el recinto cerrado de aquellas *cuatro paredes*; solamente sé que armaron varias grescas, y cuando se separaron, mi mujer soltó al galán *cuatro frescas*, como era de suponer; y menos mal para Matos que no se enteró la gente, pues lo oyeron solamente *cuatro gatos*. Ahora bien: ¿no has advertido lo mucho que el *cuatro* juega en todo lo referido? ¡Contra él la rabia me ciega!... Por eso, desde hoy verás cómo en vez de decir: «¡Me *caso* en diez!» lo hago en *cuatro* nada más. Adiós. Con el *cuatro* sueño desde ayer. Tu servidor y amigo,

José Cuatreño
y Ortiz de la Coliflor.»

Por la publicación,

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Madrid, 4 de noviembre de 1924.



Dib. BERNAD.—Barcelona.

—¿Bailarás conmigo este baile, Margarita?

—¡Bueno: pero has de prometerme pisar alguna vez en el suelo!...

CUENTOS POCO MENOS QUE MACABROS

LA LISTA OFICIAL

En el Círculo de Extranjeros Rebeldes de Nueva York tomábamos café *con gotas* durante una tarde lluviosa de abril los siguientes entrañables amigos: mister Fly, autor dramático londinense, expulsado de su país después del estreno de una revista impolítica en la que salía Mac Donald sólo con unos pantalones y de la que salía la Moral sin los pantalones siquiera; monsieur Legachond-Manseau, desocupado parisiense que, entristecido ya por dos esposas infieles que se la habían dado

con queso, no pudo resistir el desengaño de la tercer compañera, que se la dió con una mantequería completa, y emigró a Nueva York por evitar el ludibrio de la espesa multitud republicana; Orestes Farinazzi, violinista napolitano que, huyendo de la negra miseria, quería tocar en los Estados Unidos a ver si tocaba a más de una lira, setenta y cinco *centesimi*, que es a lo que venía tocando en los conciertos que daba en el país del Arte... (del arte de no pagar a los violinistas); João Bra-

gas, millonario portugués, que era el que pagaba los cafés aquella tarde (y todas las demás tardes del año cristiano); Estanislao Domínguez, no millonario español, y el que estas líneas escribe que entonces era catalán de los de Cambó, pero que hoyes una persona sería de la cual nadie puede osar decir nada pecaminoso ni burlesco.

El moka llevaba ya un rato humeando en las profundas tazas y esperábamos que llegasen las copas de coñac, aunque esperábamos sentados por constarnos de una manera precisa y refulgente que, hasta la abolición de la ley seca, era estupidez supina pretender beber el dorado licor que tantos escándalos y tantísimas tortas le ha costado a la Humanidad en los ochenta últimos años.

La larga espera, y la tristeza que la añoranza de las curdas europeas puso en todos los semblantes, derivó la conversación hacia las confidencias, y tanto mister Fly, como monsieur Legachond-Manseau, como Orestes Farinazzi, como João Bragas, nos refirieron una vez más sus cuitas, desengaños, dolores y punzadas que habían amargado sus respectivas existencias.

Estanislao Domínguez, ajeno a todo, empezó de pronto a llorar sorbiéndose el moka nerviosamente. Requerido para que explicase la perra, dijo únicamente esta lacónica y económica frase:

—¡Yo soy el más infortunado de todos los circunstancias, y el desencanto que yo he sufrido sería capaz de matar a un hipopótamo, si un hipopótamo tuviese sentido común!

Mister Fly sonrió con tristeza y repuso:

—Mister Domínguez no sabe lo que es estrenar en Inglaterra una obra y que la obra no guste.

—Lo comprendo—añadió Estanislao—. ¡Es una tragedia el que los in-

gleses pidan que les devuelvan el dinero, pero de esas las he tenido yo a quintales métricos y me he quedado tan frígido!...

Legachond-Manseau terció en el debate.

—¿Y mis tres adulterios? ¿No es una cosa para perder la cabeza?

—Por lo menos, es para tener la cabeza perdida..., pero eso no es nada comparado con mi catastrófico caso. Lo mío es más hondo, más aleve, más protervo, más nefando. Nuestro camarada Orestes Farinazzi, que ha tocado el violín por una setenta y cinco, ignora que yo he tocado el violón completamente gratis; y el amigo João, que es Bragas por parte de padre, no sabe aún que yo soy Bragazas por todas partes y mírese como se me mire.

Estas últimas y cabalísticas palabras acrecentaron nuestra curiosidad, y Estanislao Domínguez fué requerido para que nos refiriese el drama que le ahogaba.

—¡Ah, señores!—dijo la triste víctima—. Mi caso es de una sencillez que espanta. Yo jugué hace un año diez duros en el número 11.328, correspondiente al sorteo de Navidad, y me cayó el gordo. Mi alegría al ver la lista grande fué épica, escandalosa, rauda y bestial. Hice el indio por las calles, grité ¡viva Maura!, abracé a seis guardias, di un beso a un autobús y me vacuné otra vez porque no quería fallecer varioloso sin disfrutar del enorme capital que la Fortuna me adjudicaba. Pero, ¡oh, dolor!, al día siguiente resultó que ni me había caído el gordo ni el esquelético siquiera. Salí la lista oficial y en ella el 12.328 en vez del número que yo poseía. Excuso pintarles mi espanto y mi furia. Salí demente a la vía pública, falté a Maura y a los guardias que había estrechado en mis brazos el día anterior, me dieron las vi-

ruelas, a pesar de estar vacunado, y mi novia buscó al poseedor del verdadero gordo y se casó con él o viceversa... Quiero decir que no sé si se casó, pero que le encontré me consta... ¿Qué les parece a ustedes?

El inglés, el francés, el italiano y el portugués, aterrados, no supieron qué contestar a tan infausta narración. Sólo yo lancé una carcajada sardónica y brutal y dije sencillamente:

—¿Y eso es todo?

Domínguez me miró como se miraría a un sujeto que asegurase que Francos Rodríguez era hombre de pocas palabras.

—¡Digo esto—añadí—, porque yo me estimo muchísimo más infortunado que usted! ¡Yo he gemido bajo el peso de una desgracia mucho más densa y asfixiante! ¡Y mi desengaño funesto, también tuvo su origen en una lista oficial!

—¡Cuenta, cuenta!—me suplicaron todos, cada uno en su lengua, para mayor transparencia y unanimidad.

Y yo, en catalán, aunque ahora lo traduzco para no fomentar el nacionalismo, conté lo que sigue:

—El día seis de enero de mil novecientos once hubo un espantoso choque de trenes en el mediodía de Francia. Hubo varios muertos, y entre las víctimas figuraron (aunque a los muertos no les debía gustar figurar, porque al difiarla se acaban todas las vanidades); pero en fin, repito que figuraron algunos españoles. Leí con enorme ansiedad la lista de los despenados y ví un nombre que me hizo verter bastantes lágrimas: el de Jacinta Laborda y Calabuig... Pero veinte horas más tarde, nuestro cónsul en Bayona comunicó una lista (la lista oficial) de individuos salvados de la catástrofe. Y entre ellos volví a ver el consabido y aludido de Jacinta Laborda y Calabuig... ¡Aquella dama, ilustres compañeros de círculo y entrañables amigos, era mi señora madre política!...

No dije ni media palabra más. Pero haré presente que Estanislao Domínguez se precipitó en mis brazos, llorando a moka y baba y pronunciando frases de consuelo, y que Fly, Legachond-Manseau, Farinazzi y Bragas, desfilaron silenciosamente ante mí y me estrecharon la mano en señal de condolencia, mientras sus pechos se hinchaban de sollozos vertidos en las correspondientes lenguas, a la par que los camareros gemían en yanqui con una tribulación que para qué les voy a ustedes a contar.

¡Sí, señores, esta tontería de desengaño me la he llevado yo en esta vida perra!

Pedir más sería una exigencia, a la cual no accedería un servidor de ninguna manera.

Por cuenta del narrador,
NÉSTOR O. LOPE



Dib. B. BE.—Valencia.

EL GUARDIA.—No le haga caso, señor comisario, este individuo es ése que apodan el Bacalao, criminal empedernido.

EL DETENIDO.—¡Eso es mentira, señor comisario!

EL GUARDIA.—¡Calla! ¡No lo niegues! ¡Te conozco, bacalao!

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

En las costas de la parte trasera del Japón, según se va de Europa a mano izquierda (y doy estos detalles para que no se confundan ustedes, si van a comprobarlo, y digan luego que soy un embustero y que no hay tal); pues en esas costas, repito, hay tres cosas que son el terror de los navegantes y al mismo tiempo el *ja mí qué me importa* de los que no navegan. Y son éstas, o mejor dicho aquéllas:

1.^a Un punto en que el mar nos da la sorpresa de que no se le encuentra el fondo.

2.^a Un enorme banco de arena a poca distancia de este punto; y

3.^a Otro punto en que tampoco hay manera de encontrarle el fondo al mar, ni sondeándole con una sonda de veinte kilómetros ni sondeándole con habilidad y con palabras engañosas para ver si él lo confiesa buenamente.

Unos navegantes dicen que el peligro mayor está en el banco de arena y otros sostienen que está en esos puntos de ignorados fondos, donde la menor tempestad es un lío de órdago a la grande.

Yo, no obstante, creo que el peligro está en todo junto. ¡Porque tropezar con un banco y al mismo tiempo no poder encontrar fondos, es una verdadera y lamentable quiebra, o yo soy un imbécil en la más ilimitada extensión de la ofensiva palabra.

En Groenlandia los naturales del país (suponiendo que deba llamarse país a esa indigna birria de pedazo de corteza terrestre) gastan todas unas barbas enormes, tremebundas, así de largas, ¡¡¡fíjense ustedes!

Y además de las barbas, los buenos groenlandeses se adornan con unas cabelleras que es una verdadera consternación. Hay melenas que llegan al escándalo, a la ignominia, al colmo y al suelo.

Excuso decir que el caballero que me diga a mí en serio que en Groenlandia hace un frío *que pela*, tendrá conmigo una abultada cuestión personal de funestísimos resultados.

Dijimos no hace mucho que en España se da el caso único en el mundo de que haya dos clases de callos que pueden hacer daño: los callos que le salen a la gente en los pies y los callos que le sacan a la ídem en las tabernas.

Añadiremos hoy otra observación curiosa, producto de largos estudios que hemos venido haciendo sobre tan interesante asunto.

¡Cuando los que hacen daño son los

callos de las extremidades, es forzoso andar despacio y con cuidado; pero cuando son los otros los que le hacen daño a uno, pasa lo contrario: que hay que andar la mar de deprisa y sin miramiento ninguno!

Hay una infinidad de obras originales en todo el Universo, que han sido descaradamente plagiadas sin que nadie proteste del plagio y del fusilamiento, a pesar de constarle la cosa de un modo reluciente e indudable.

Entre todas ellas, sin embargo, hay una con la que el plagio y la desvergonzada imitación, arreglo y calco, ha traspasado los límites de la conveniencia.

Se trata de lo más original que ha habido en el mundo y que por culpa de los imitadores se ha convertido en algo vulgarísimo, intolerable y de nulo efecto artístico.

Es la obra que llevaron a cabo, en colaboración, los ínclitos personajes conocidos vulgarmente por los nombres de Adán y Eva (omitimos los apellidos porque no vienen al caso).

Es incuestionable que el pecado fué

original, absolutamente original y en prosa. Y es rotundo, claro e incontrovertible que hoy, en fuerza de sus repetidos arreglos a todos los idiomas, es una cosa de escásísima novedad y que no le gusta ya al público más que algún rato que otro.

En Moscú se están edificando varias casas, cuyos cuartos se destinan en su totalidad para que los alquilen jóvenes estudiantes de veinte a veinticinco años.

En España los llamaríamos cuartos de pollo.

Y los caseros cobrarían mensualmente veinte duros del ala.

En Yepes, la virtud femenina es una cosa incommovible, y el hombre que pretenda llevar a cabo una conquista, se luce, como hay Dios.

Y es que casi todas las muchachas solteras que hay en Yepes hacen melindres.

Y, ¡claro!, no hay manera.

ERNESTO POLO

Dibujo
BLUFF
Madrid.

PARADOJA

—¿Ve usted esa persona tan fea? Bueno, pues es una bellísima persona...



HISTORIAS EXTRA VAGANTES

UNA BUENA COCINERA

Los señores de Rapús están verdaderamente encantados, porque han tenido la suerte de encontrar una excelente cocinera. ¡Un as del fogón!

Antes de aceptarla a su servicio, han tomado informes y éstos han sido inmejorables, respecto al arte culinario de Gertrudis, porque la muchacha se llama Gertrudis, por ser capricho del padrino, a causa de que... ¡Bueno; esto no hace al caso y nos llevaría lejos si fuviéramos que explicar el porqué el padrino encontró que el nombre de Gertrudis le iría bien a la neófita!

—Guisando es un primor—les dijeron a los señores de Rapús en todas aquellas casas en que solicitaron informes sobre su nueva doméstica—. Ella es excelente, los malos son los novios...

—¿Los novios?

—¡Ah! Ya verán ustedes...

Los señores de Rapús quedaron ligeramente confusos y algo perplejos ante estas advertencias, aunque prontamente se explicaron, y como realmente lo que necesitaban era una cocinera, se encogieron de hombros ante la idea de que fuese coqueta. Eso, allá ella y que el timbal de macarrones fuese exquisito.

Lo era, y no sólo el timbal, sino todo cuanto confeccionaba, hasta el punto de que los señores de Rapús dudaban si Gertrudis era Gertrudis o el propio Brillat-Savarin que había resucitado y tenido la humorada de ponerse a su servicio.

Pero Gertrudis debía indudablemente ser neurasténica, porque en los nervios tenía sus alternativas verdaderamente extrañas. Tenía pasión, según pudieron comprobar prontamente los señores de Rapús, por las cocinas regionales, y durante un cierto número de días se la veía afanosa sirviendo los mismos platos, excelentes y bien condimentados, eso sí, pero constantemente los mismos.

¿Casan en la cocina andaluza? Pues allá te va la pescadilla de Cádiz y el pescado frito y los *menús* y el gazpacho y el cocido con flores y toda la gracia del fogón andaluz, hasta que los señores de Rapús se levantaban de la mesa hablando con tal acento sevillano, que ni un personaje de los hermanos Álvarez Quintero lo hiciera mejor.

¿Pues, y cuando la cocina emprendía el viaje hacia las gallegas regiones y comenzaban a salir a la mesa fabadas, potes, carne con nabos y empa-

nadas de Samprea? Con semejante alimentación, sostenida durante ocho días, era como para salir cantando la muñeira al terminar el almuerzo o la comida. En cierta ocasión, abusó de tal modo de los platos catalanes, y especialmente de los *menchets*, que hubo que amenazarle seriamente con dar cuenta a Martínez Anido del hecho.

Gertrudis, la excelente cocinera, prometió enmendarse, pidiendo a los señores de Rapús un corto plazo para cambiar de seguir en los guisos.

—¿Por qué no desde mañana mismo?

—No me pregunten los señores; tengo que esperar aún. ¡Soy muy desgraciada!...

—Pero, Gertrudis...

—Ahora, que si los señores se enfadan y quieren despedirme...

Los Rapús tuvieron el mismo pensamiento rapidísimo. ¡Eso, no! ¡Con lo bien que guisaba!...

Efectivamente, antes de ocho días, los señores de la veleidosa cocinera vieron sorprendidos con un absoluto cambio de régimen en la alimentación, siendo esta vez todo netamente madrileño: Cocido, callos, merluza frita, chuletas empanadas, ¡hasta torrijas! durante estos *menús* que tan del gusto de Antonio Casero y Pedro de Répide serían una temporada relativamente larga. Hasta que un día vieron sorprendidos con una paella valenciana, que no la hicieron mejor en el Cabañal.

—Hemos vuelto a viajar. Pero, la verdad, ¿qué diantre le sucede a esta cocinera que así cambia de regiones?

Intrigados los señores de Rapús, hubieron de interrogarla:

—Vamos a ver, Gertrudis, díganos la verdad de estos repetidos cambios.

La chica echóse a llorar y replicó:

—Es cuestión de mi novio, señoritos. Yo, contando con la bondad de ustedes, le guardo las sobras de lo que aquí comemos.

—Ya, comprendido: y usted guisa a gusto del novio. No está mal. Pero, díganos, ¿por qué varía tanto de gustos ese tunante, que unas veces parece gallego y otras andaluz?

Gertrudis bajó los ojos y se aventuró a decir:

—Es que... no siempre es el mismo. La que varía de novios soy yo.

—¡Comprendido! El que tienes ahora es valenciano.

—De Sueca, pero más salado...

—Está bien, Gertrudis; lo único que te ordenamos es que no le tengas vegetariano. ¡Ah! ¡Ni que coma paja nada más! Porque nos estamos viendo sometidos a idéntico régimen...

A. R. BONNAT



Dib.
ESCACENA
Madrid.

—Ha habido alguna novedad en las cuadras?

—Sí, mi coronel. Este caballo está inapetente y este otro inaguantable.

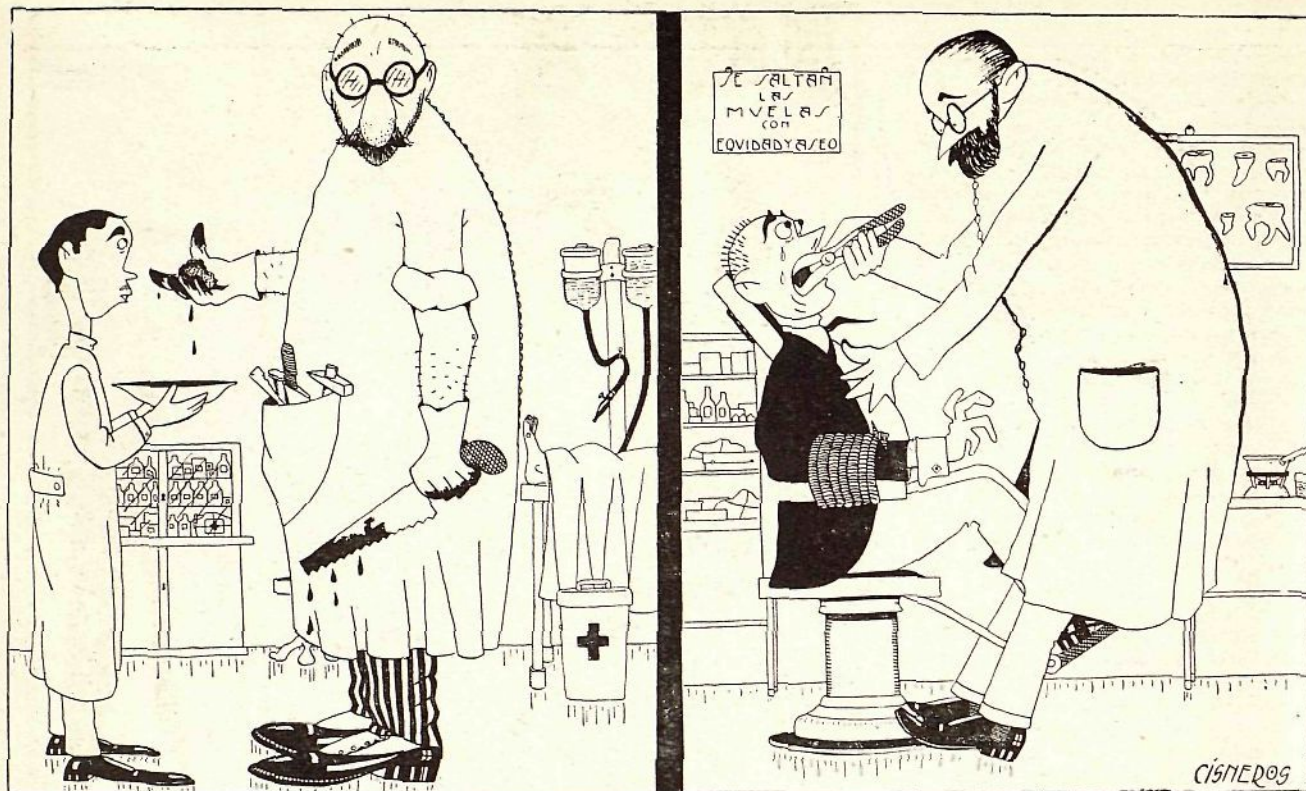
—¡Caramba! ¿A qué llamas tú estar inaguantable?

—¡Pues, que no quiere beber agua!



Dib. LAMBARRI. — París

EL. — Te llevo a Martín, si quieres...
 ELLA. — ¿Por quién me has tomado?
 'Me han dicho que ése no es espec-
 táculo para señoritas!



MATEMÁTICAS

Dib. CISNEROS.—Madrid.

*La operación y el cálculo.**Extracción de una raíz cuadrada.*

EL ESPECTADOR

Gracias a la invitación que la generosidad de un amigo me había proporcionado, entré en el teatro. Aún no había comenzado la función. Varios hombres paseaban por el vestíbulo, charlando y fumando furiosamente. Yo me introduje en el patio de butacas y ocupé mi asiento.

Sonaron los timbres, y, lentamente, las luces de la sala fueron amortiguándose, mientras se encendían las candelas y la orquesta dejaba oír su melodiosa voz. Sonaron pasos torpes y precipitados de gentes que se apresuraban tardíamente a colocarse en su sitio. Estrepitosos golpes de butacas. Cuchicheos. Siseos...

Alzóse, por fin, el telón. Yo seguí el desarrollo de las escenas con vivísimo interés, pendiente de la trama trivial de la obra. Los trajes de los actores, sus gestos, el encanto enervante y lánguido de la música, todo en aquellos momentos tenía la virtud de arrancar a mi alma el plomo de la realidad para que fácilmente volase la fantasía.

Al terminar un dúo melancólico y

blando de la tiple y el barítono, estaba conmovido. Ante mi imaginación aparecían ambos artistas investidos de un raro prestigio, y la penumbra de la sala, la voz de raso de los violines, todo contribuía a que los vagos sueños cotidianamente dispersos en mi espíritu, adquiriesen un instante de cenit. Pero, a mi espalda, oí una frase desdenosa e irónica:

—¡Qué estupidez!

Volví el rostro con mal disimulado asombro, hacia quien así hablara. Era hombre de edad madura, magro, con grandes barbas grises y gruesas gafas de concha. Sin reparar en mi mirada estupefacta, dirigióse a su vecino de butaca, un señor plácido y obeso, y, con voz parsimoniosa y en tono suficiente, dijo:

—Parece mentira que existan todavía gentes capaces de entusiasmarse con uno de estos números insulsos y sin gracia. Siempre me ha parecido el dúo una cosa perfectamente absurda. Tan absurda, por lo menos, como un coro. ¿Usted sabe de algo más grotesco y

ridículo que un coro? ¿No le da a usted una impresión de inutilidad, de estupidez, ver a cuarenta, a cien personas, abrir y cerrar la boca al mismo tiempo? ¿Qué se proponen con eso? Respecto al dúo... ¿Quiere usted decirme si ese hombre y esa mujer han dicho algo extraordinario, algo que nosotros no digamos todos los días?

Detúvose un instante y continuó:

—¿Por qué entonces la música interviene en ese diálogo vulgar? ¿Qué falta hace que esos ochenta o noventa señores (y señaló a la orquesta), se tomen la molestia inútil de dedicar toda la vida al estudio de las corcheas y de las semifusas? ¿Qué ha ocurrido, pues, para que todos estos hombres soplen en esos tubos dorados y para que muevan los brazos a compás? Ese caballero que está ahí de pie, vuelto de espaldas y con un palito en la mano, ¿por qué hace esos movimientos tan extraños? ¿Es un loco? Convendría llamarle la atención, llevárselo suavemente, discretamente, con un fácil pretexto...

Calló, para observar el efecto de sus palabras en el rostro atónito de su compañero. Satisfecho de su atento silencio, dogmatizó:

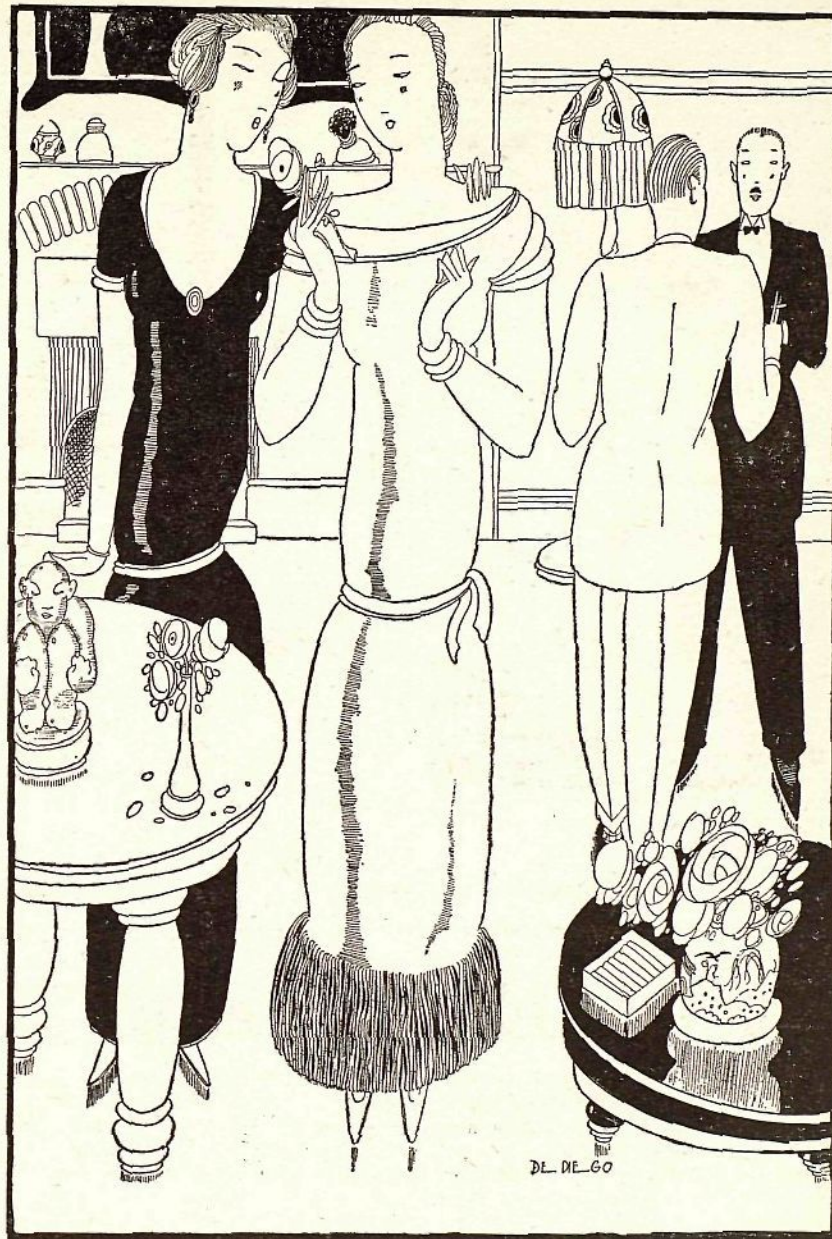
—Nada hay tan artificioso y falso como el teatro. Habrá usted notado que, aun en los instantes de mayor sensación real, aun cuando logra conmovernos, en el acto nos recuerda que todo era una ficción y engaño. Si una actriz o un actor tienen el acierto de hacernos creer en su muerte, tras una lenta agonía, bastan unas cuantas palmadas para que inmediatamente resucite. Realmente, uno se marcha a casa con la duda terrible de si aquella persona ha muerto o no. Y esto no es nada serio.

Quitóse las gafas, que pulcramente limpió con un blanco pañuelo de seda, luego de haber empañado con vaho los cristales. Púsose las de nuevo y agregó:

—Les pierde la vanidad. Los artistas no pueden suspirar a esa absurda manía de recibir los aplausos del público. El día en que el público guardara absoluto silencio en un espectáculo teatral, se acabaría con esa vanidad. Desgraciadamente las empresas no lo entienden así, y pagan sueldos elevadísimos a gentes que vienen a los teatros a eso: a aplaudir. La actual crisis económica por que atraviesa el arte escénico se debe únicamente a los gastos enormes de la «claque». Hay numerosísimas familias en Madrid, todos cuyos miembros pertenecen a ella y que viven con eso espléndidamente. Conozco a varias personas que, gracias a hallarse adscritas a una «claque», han podido dar costosas carreras a sus hijos, casar fácilmente a sus hijas, y tener automóvil y casa propios. Es un destino cómodo y lucrativo...

Acarició amorosamente su barba gris, mientras parecía meditar. Explicó confidencialmente:

—Sólo hay en el teatro un personaje sincero e interesante: el apuntador. No se sonríe... Cuando los demás salen a escena, hablan, ríen, lloran, cantan, concentran sobre sí la atención colectiva, el apuntador permanece modestamente oculto bajo la concha. Su misión, sin embargo, es la más transcendental. ¿Qué sucedería si, en medio de una representación, el apuntador se pusiera enfermo o se negase a cumplir con su deber? Sucedería una terrible catástrofe. Imagine usted ahora si todos los apuntadores se declarasen en huelga. En España, país de analfabetos, no hay nadie preparado para tan difícil arte. Habría que cerrar inmediatamente todos los teatros de la nación. Y habría que esperar largos años hasta que nuevas generaciones dieran personal suficiente e idóneo. No me explico, pues, el desdén habitual con que se trata a tan singulares artistas, ni ese imperioso y lacónico siseo con que se les coacciona, cuando la tor-



Dib. DE DIEGO.—Madrid.

—¿Hablarán de nosotras? Les he oído decir: una de ellas es bastante desagradable...

—¡Ah! ¡Entonces es que se ocupan solamente de tí!

peza o la sordera de un actor les obliga a levantar su voz domesticada. Me parece una ingratitud no requerir su presencia en horas de triunfo, junto al autor y los intérpretes, y olvidar la generosidad con que se ofrecen a morir para saciar la ferocidad de los dramaturgos. Esa frase terrible: «murió hasta el apuntador», la habrá usted oído con harta frecuencia; la habrá pronunciado usted mismo muchas veces...

—¡Nunca!

—¿Por qué?

El hombre gordo se puso en pie. Y luego de una larga y dolorida pausa, dijo secamente:

—Yo, señor, soy dramaturgo.

Requirió su sombrero hongo, y, olímpicamente, salió.

PEDRO GARCÍA VALDÉS

LA CENA

—Esto de los panes sin levadura no me resulta digestivo—dijo Pablo sentándose a la mesa, en donde él y sus once compañeros festejaban la última pascua del Maestro.

—Pues yo traigo un apetito tan voraz, que ni siquiera lo notaré—afirmó Judas.

—A ver el menú—pidió Pedro.
Después leyó:

Huevos a la Gethsemani.
Filets de Sole, Bethaniz.
Cordero Pascual.
Bombe Pralinés.
Vinos, liqueurs, café, puro

No está mal—dijo Judas—. Pascual se ha especializado de tal modo en el cordero, que será el plato de la noche, ya veréis.

Y comenzó aquella cena, de la que tanto se había de hablar.

Sin embargo, una vaga inquietud se descubría entre los comensales, la conversación decaía, y no era todo lo amena y espontánea que otras veces, entre aquellos santos varones.

Esa inquietud la hizo frase Judas: —Queridos apóstoles: estamos todos molestos, una inquietud nos atosiga, y es natural, somos trece en la

mesa; pero no os preocupéis, no hay que ser supersticiosos.

El Maestro sonreía, con bondadosa complacencia.

—Dice bien el Iscariote, no hay que ser supersticiosos; ¡qué importa que seamos trece o catorce!

Mas su mano derecha apoyaba dos dedos, índice y meñique, sobre la madera de la mesa.

La comida prosiguió; el Maestro presagió su fin. Judas formuló alguna pregunta indiscreta, como el «¿seré yo quien os venda?».

Mas los comensales sólo pasaban mientes en el caso que se había presentado. Trece en la mesa, y ya no había remedio.

—Debíamos de haber invitado a alguien más, y hubiéramos sido catorce—dijo uno—; pero Judas, que aquella noche estaba muy parlanchín, defendió la imprevisión:

—Convocamos a los trece creyendo que, como de costumbre, habría alguno enfermo a última hora; ya hubiéramos sido doce tan sólo...

Algunos quisieron bromear sobre el asunto, pero la inquietud seguía reinando en aquellos espíritus.

—Yo no soy supersticioso—había dicho cada cual; pero todos hubieran preferido ser doce, o catorce.

Judas trataba de disipar las malas ideas:

—Los maleficios no existen—decía—; la otra tarde estuve dando vueltas a un taburete, sobre una pata, y en vez de sucederme algo malo, me vinieron a proporcionar un negocio, que me valdrá treinta dineros.

El Maestro sonrió, con aquella su sonrisa única.

Pedro intervino:

—No más malestar, nada temáis. ¿Queréis cuente algo para distraeros? ¿Queréis que cantemos?

Pablo le reconvinó:

—¡Pedro, por Dios!... ¡Cantar en la mesa!...

Terminaron la cena, y en la sobremesa se animaron ya los apóstoles; fué entonces cuando la conversación versó en los términos famosos; mas de vez en cuando, en los silencios, se notaba la aprensión que había dejado el número fatídico.

Se despidieron todos.

—¡Que se olvide eso de los trece!—dijo Pedro—; y todos se alejaron, pero con la secreta angustia en el corazón.

Y el maleficio fué fatal; días después asesinaban al Maestro en las circunstancias que todos sabemos.

—¡Si hubiéramos sido catorce!—se dijeron los apóstoles.

EDGAR NEVILLE



Dib. RIBERRO GIL.—Santander.

—Padre, necesito mil riales.

—¡Hijuco, para esa enfermedad no hay cura que valga!

GALERIA PINTORESCA

UN NIETO DE "CÚCHARAS..." Y YO

IX

A este, que es pueblo de veraneo, llegamos ambos hace ya días, yo en un primera del tren correo y él en los topes de un mercancías.

Al llegar vimos con manifestaciones demostraciones y alegres cantos, que se encontraban en plenas fiestas por ser la Virgen de... no sé cuántos.

La plaza, llena de segovianas, luce banderas y gallardetes y aturde el ruido de las campanas y el estallido de los cohetes.

Mozos y mozas bailan en rueda frente a la casa del Consistorio, y da más brincos el que más pueda y es todo bulla, todo es holgorio.

Pero ¡ay! que falta lo emocionante: lo que la gente pide impaciente, la novillada de un principiante con su cuadrilla correspondiente.

Y llegó el día. La plaza entera, que en vez de arena tiene guijarros, con treinta carros formó barrera siendo el tendido los mismos carros.

Dos mil paletos amontonados, sobre los carros y en los balcones, por ser ya tarde y estar cansados, silban y rugen como leones

pidiendo locos la mojiganga, porque para eso son egoístas... y a los acordes de una charanga salieron siete... *capitalistas*.

Era de gorra su vestidura, blusa anudada de las baratas, pañuelo al cuello, camisa oscura, sin calcetines y en alpargatas.

Capitaneaba la *troupe* aquella el que conmigo llegó hace días aprovechando su buena estrella sobre los topes de un mercancías.

Salió un morucho, le dió tres lances, que le aplaudieron los segovianos, y sin más gloria ni más perances el novillejo murió a sus manos.

Mas ¡oh desgracia desventurada! ¡No fué lo mismo con el segundo, que le dió al pobre tan gran cornada que se vió cerca del otro mundo!

Yo, por la noche, pues me invitaron, fuíme a un garito, que no se cierra, y en hora y media me desplumaron hasta dejarme sin una perra.

Fué otra *cogida* y otra cornada como la grave del novillero; por eso al vernos de madrugada

él con su herida, yo sin dinero, salimos juntos sin más espera, sin divertirnos, sin alegrías, él en camilla... pero en primera, y yo en los topes de un mercancías!

FIACRO YRÁYZOZ



LA BOLSA DE BERLIN

(De Lustige-Blatter, de Berlín.)

DEL BUEN HUMOR AJENO

LOS DOS PANAGEOT

por ADRIEN VÉLY

Julio Panageot, al salir de casa a quella mañana para dirigirse a su oficina, se paró en un quiosco de periódicos, donde compró todos los diarios. Hizo con ellos un paquete que colocó bajo el brazo; y conforme iba andando, los desdoblaba uno por uno, recorriéndolos con la vista y volvía a doblarlos mientras que su rostro se iluminaba con una sonrisa de satisfacción. Esta satisfacción era originada por la lectura, repetida en cada diario, de un suelto invariablemente redactado así:

«Don Julio Panageot, jefe de negociación en el Ministerio de Negocios Interiores, nos participa que nada tiene que ver con D. Jaime Panageot, que acaba de ser condenado por quiebra fraudulenta.»

El Sr. Panageot se recreaba deleitando estas líneas, de las que era autor. Ya estaba dicho y bien dicho, con toda modestia, pero también con toda la firmeza necesaria. Tal aviso no podía menos de producir buen efecto. Por esta razón, instalado ante su mesa

del Ministerio, esperó durante toda la mañana que sus compañeros acudiesen a cumplimentarle; pero nadie se le acercó. Panageot experimentó una decepción tremenda. Pensaba que los hombres estaban minados por la envidia o que no leen con detenimiento las noticias del día.

A la hora del almuerzo, entró en su casa y arrojó los periódicos sobre la mesa, excepto uno, que abrió ante los ojos de madame Panageot, señalándole con el índice la pequeña noticia. La señora, al leerla, preguntó:

—¿Eres tú quien ha mandado insertar eso?

—Sí—respondió Julio Panageot—.

—¿Y la habrás hecho publicar a raíz de cada pifia del otro?

—¿Sí—repitió Panageot.

Su esposa sentenció:

—Me parece una tontería.

Panageot se quedó estupefacto. Su mujer continuaba:

—Has temido que te romen por un hombre de talento. La precaución era inútil, porque a nadie se le ocurriría semejante idea.

Julio Panageot replicó:

—Soy un funcionario modelo, que nunca se ha visto mezclado en negocios sucios.

—Pero no tienes necesidad de contarlo a voces. Si te imaginas que con esa publicidad vas a obtener el ascenso... Además—añadió—, siempre fuiste una medianía. En lugar de perder el tiempo en comprobarlo por milésima vez, apresurémonos a almorzar, porque tenemos que asistir al casamiento de mi prima Gabriela y al lunch.

Julio Panageot comió lleno de tristeza.

La ceremonia de la boda fué brillantísima. El lunch no le anduvo a la zaga. Una muchedumbre elegante se precipitaba sobre los sandwiches, los pasteles y el champagne, honrando así a los jóvenes desposados.

De repente se produjo un movimiento de expectación, motivado por la entrada en los salones de un personaje hacia el que se volvían todas las miradas, y que bien pronto se vió rodeado de señoras y señores, que se disputaban el saludarle y dirigirle algunas palabras. Una verdadera corte se agitaba en torno suyo.

—¿Quién es?—preguntó madame Panageot a su marido.

—No lo sé—respondió éste.

—Espera, voy a preguntarlo.

Madame Panageot se alejó, volviendo a poco con la cara descompuesta.

—¡Es él!—susurró al oído de su esposo.

—¿Quién?...

—¡Jaime Panageot!

—¿Cómo!... ¡Ese hombre se atreve a exhibirse en público!...

—Es amigo de la familia del novio... Sabe que estás aquí... Ha leído...

—¿Mi artículo?

—Sí... Acaba de decir a Gabriela—quien me lo ha repetido—que arde en deseos de conocerte... La presentación arreglaría todo...

—¿Todo el qué?—respondió soberbio Julio Panageot—. ¡He escrito que no tenía nada que ver con ese individuo, y lo mantengo!

—No eres muy amable con el marido de Gabriela.

—Que aprendan a elegir sus relaciones.

—Gabriela espera tu respuesta.

—Pues bien, puedes llevársela: «¡No!».

—Eres injusto... ¡Qué grosero!...

Cuando madame Panageot, después de cumplir su enojoso encargo, enteró a su marido de que—según su prima—Jaime Panageot se había sentido vejado y hasta colérico al ver rechazados sus emisarios con tan poca delicadeza, Julio Panageot se esponjó: estaba orgulloso de sí mismo.

Pero a la mañana siguiente, su orgullo se trocó en amargura al leer en el periódico una noticia así concebida:

«Don Jaime Panageot, el conocido hombre de negocios, nos hace saber que nada tiene de común con D. Julio Panageot, jefe de Negociado del Ministerio de Negocios Interiores».

...

Julio Panageot salió para la oficina, perseguido hasta la escalera por las indirectas de su esposa, a quien no se le pasó por alto la noticia. En la calle, como la víspera, compró todos los diarios. Todos publicaban el suelto de Jaime Panageot.

Esta vez, los colegas del jefe de negociado acudieron a cumplimentarle con cierta ironía. Julio Panageot sonreía de dientes afuera, con el corazón lacerado. Se sentía ridículo, no sólo en la oficina, sino a los ojos del mundo entero. Querellándose contra Jaime Panageot, no lograría más que aumentar el ridículo.

De esta sorda impotencia nacieron ideas lúgubres que envenenaron su tranquilidad, hasta el día en que supo, como todo París, el fallecimiento de su rival. Esta noticia le trajo un consuelo enorme: al fin respiraba.

Su respiro fué bien corto. Al día siguiente del entierro—que revistió los caracteres de una solemnidad—, tropezó con un antiguo camarada a quien hacía años había perdido de vista. El amigo, al verle, quedó como petrificado:

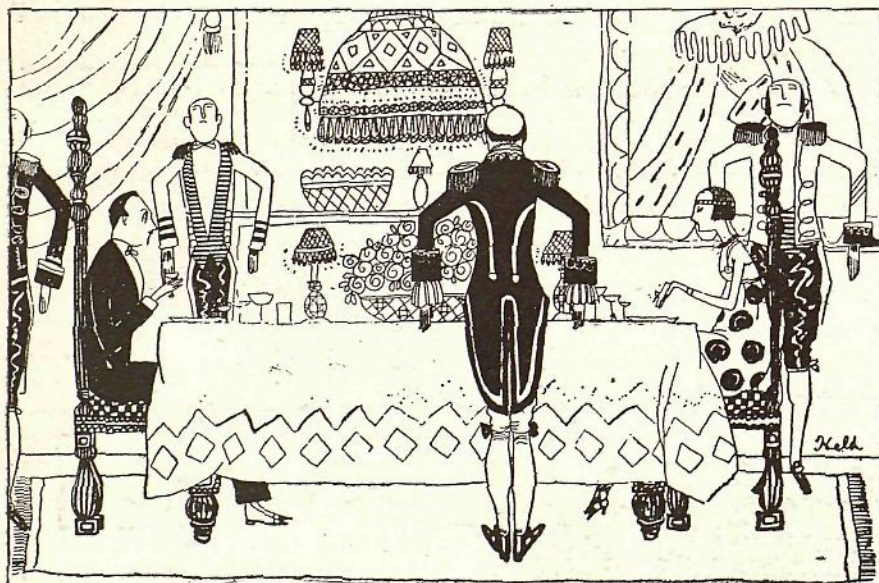
—¿Cómo!... ¡Eres tú!... ¿No te has muerto?... ¡Cree que te habían enterrado ayer!...

Era demasiado. Julio Panageot se veía perseguido por Jaime Panageot, aún a través de la tumba, con tal encarnizamiento, que, por primera vez, le confundían con su homónimo. Se imponía terminar de una vez tan deplorable aventura.

Y Julio Panageot hizo publicar inmediatamente en todos los periódicos una nota redactada en estos términos:

«Don Julio Panageot, jefe de negociado del Ministerio de Negocios Interiores, nos ruega hagamos constar que nada tiene que ver con D. Jaime Panageot, cuyo entierro se verificó ayer».

M. V.



ELLA.—¡Oh! ¡Qué agradable que resulta comer solos de vez en cuando!...

(De Judge, de Nueva York.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

salir premiados. Y pertenecen a los caballeros que se citan: Bení-Fer, J. Arrela, C. Salazar, Viso, Salustio, A. S. F., Lipoform, A. Pluma, Dovper, Usablaga, Adans Nichols,

BUEN HUMOR
APARTADO 12.142
MADRID

Lepórido ligero. Madrid.—Ilustre tocayo del Conejito: esto de ahora no es tan categóricamente aceptable como lo que le admitimos a usted no hace mucho. Y del mismo modo que aquello lo acogimos con entusiasmo demente, esto lo repudiamos con furibundez catatónica.

"Valdezarza" El mejor purgante
Presentando este anuncio en Arenal, 26, se regalará una botella pagando solamente el casco. Felipe Santos.

Antonio S. B., E. de Paz, Tromboangilitis (los catorce, de Madrid; Gonzalo Garnica, John Legrel, Sanz Sáinz, Vives, E. Gavalda (los cinco, de Barcelona); L. Echevarría, Simplicón, Lupatira (los tres, de Bilbao); El bandolero Audaz. M. Alvarez (los dos, de Melilla); Frasco roto y su cuñado, AS (los dos, de Málaga);

un individuo que se ha dicho en BUEN HUMOR, a estas fechas, lo menos en cinco mil formas difentes; y en cambio, el señor Ale (de Ma-

y triste camino que los anteriores. ¡Es usted un héroe! ¡Vengan esos cinco! ¡Es decir, que no vuelvan esos cinco y venga esa mano!

PAJAS DE GOMA
Sostenes IDEAL
PRESA Fuencarral, 72.
Teléfono 48-00.

VINOS DE LA
COLONIA DE SAN JOSE
Fuencarral, 94 duplicado
Teléfono J. 718

drid) nos remite un chiste ruidosamente gracioso, pero al pie de un mono manifestamente flojo, lo que

Luis Colombán. Gijón.—Un poco de paciencia, amigo. Irán saliendo la mayoría de sus obras de arte

Lea usted **"Vida Madrileña"**
Anuncie en
Oficinas: Fuencarral, 166
Director: DOZ DE LA ROSA

SASTRERÍA LORITE
Corredera Alta, 19
Gabanes y trajes desde 75 pesetas. 10 por 100 de descuento presentando este anuncio.

de veras deploramos porque el chiste valía la pena de que nuestros lectores se hubiesen solazado con él.

en sus momentos oportunos. Tenga en cuenta que hay en esta opulenta Redacción cientos de miles de millones de dibujos esperando. Nos



SORPRENDENTES
son los productos americanos de
BELLA AURORA

Recomendados por la Facultad
de Farmacia de Barcelona -1-
Grandes premios en 1915, 1919 y 1921

Revela buen gusto el que a BUEN HUMOR se suscribe; y también el que usa a diario Licor del Polo Orive.

honran con sus producciones tal cantidad de caballeros humoristas que estamos apabulladísimos.

AMADOR
FOTÓGRAFO
PUERTA DEL SOL, 13

Dibujos que han hincado el pico categóricamente.—En la siguiente lista grande se da el peregrino caso de que todos los que figuran son precisamente los que no han tenido la estrepitosa suerte de

Portilla (de Santander); B. Calvo (de Calahorra); C. García (de Alicante); Julián (de Sanlúcar); Enrique Gil (del Puente de Vallecas); B. B. (de Escorial); J. Salvatella (de Lérida); J. M. V. (de San Fernando);

María. Madrid.
Dicho con galantería, como merece su sexo, su artículo, algo inconexo, no vale nada, María.
Zoquete. Madrid.—¡Y tanto!

Mila 844 tres. Madrid.—Se enfadaría mucho el Directorio con nosotros si publicásemos eso. Y con usted, no digamos. Habría más que voces.

LIBROS DE RISA

LUIS ESTESO
recomienda a ustedes que lean sus libros últimos, si quieren pasar horas deliciosas de gran placer.

| | Pts. |
|--|------|
| Chistes míos y de ustedes. | 2,00 |
| Teatro fácil (16 comedias). | 2,00 |
| Cincuenta monólogos. | 2,00 |
| Novelas y Monólogos escogidos. | 3,00 |
| Chistes y cuplés (70 cosas) | 2,00 |
| La sala del crimen (novela). | 2,00 |
| Animales caseros. | 1,00 |
| La Vanagloria (novela). | 3,00 |
| 300 chistes nuevos. | 1,00 |
| Diálogos y entremeses. | 1,50 |
| Conferencias, monólogos, parodias y humorismo. | 2,00 |
| Para que rían las mujeres, y El campo y sus hombres. | 1,00 |

Pedidos: **LUIS SANTOS**
Carretas, 9.—Madrid
Envíos contra reembolso

Hijo de P. Cabello

Objetos de escritorio, papelería y bisutería. 5 por 100 de descuento presentando este anuncio.
Plaza del Angel, 1

FASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

J. Torrent (de Ciudadela); L. Navarro (de Jerez de la Frontera) y A. Fenollar, Muro, Ppón y S. Magarola (los cuatro de procedencia misteriosa).
Punto y aparte: el señor W. A. (de Alicante) nos envía un dibujo con un chiste sobre la estatura de

Andarín. Barcelona.—Desgraciadísimo compañero... de los espontáneos que van al cesto sin que les valga la intercesión divina: sus trabajos *Un día de campo*, *Crimen bolchevique*, *Los hoyuelos*, *Carta abierta* y *El tímido* (que son cinco) han seguido el mismo frecuentado

P. F. V. Sevilla.—¿Que usted es capaz de tomarle el pelo al Gallo?... ¡¡A que no!!... Por lo menos, a mí no me lo toma usted, porque fíjese en lo que estoy haciendo ahora: ¿lo ve usted? ¡Estoy arrojando al cesto todos sus colmos, sin dejar uno vivo ni por caridad!



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO
Con una sola aplicación se logran
matices permanentes

CORTÉS, HERMANOS.—BARCELONA

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada chartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.» Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En el metro.

UN VIAJERO, ENTUSIASMADO.—¡Esto es civilización!
¡Esto es progreso!

EL EMPLEADO.—¡No, señor! ¡Esto es Antón Martín!

Mignon Lescaut.—Madrid.

—¿Cuánto quiere usted por ese canario?
—Quince pesetas.
—¡Pero, hombre, si está cojo!
—Bueno, ¿pero usted quiere el canario para que cante o para que baile?

M. Campa.—Sevilla.

Felicitación de Navidad.
Al volver una esquina, don Abundio es sorprendido por un atracador que, pistola en mano, le dice:
—¡Caballero, tenga usted felices Pascuas!... ¿De usted depende que sea por muchos años!...

José M. Conde.

Bodegas de los CEAS
Bebed Licor Benedetto, Anís Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 29. Teléfono 10-59

ELLA (cantando ante el piano).
Si vous l'aviez compris, mon se-

creti...
EL PROFESOR (ingenuo).—Pro-
nuncie usted más claro, porque aun-
que la oiga alguien que sepa italia-
no, no la entiende.

Bartuco.—La Coruña.

ALBERTO RUIZ
JOYERÍA.—CARRETAS, 7
Pulseras de pedida.

A la presentación de este anun-
cio, se descuenta el 10 por 100.

El colmo de un manco charlatán:
Hablar por los codos.

Manuel B. Gómez.—Valencia.

—¿En qué se parece el café ca-
liente al caciquismo?
—En que s'aca-bao.

Amadis de Gaula.—Jaén.

En el juzgado.
—¿Es verdad que ha llamado us-
ted imbécil al señor?
—Señor juez, no recuerdo. Pero,
al fijarme ahora en él, me parece
muy probable.

M. Matos.—Ceuta.



MEDEL
GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

—¿Cuál es la mejor antena?
—La pelineta, porque recoge las
ondas.

Juan José.—Madrid.

De su catarro endiablado,
aquí el ruido se percibe.
¿Qué piensa ese desdichado
que no usa Jarabe Orive?

—¿Cuál es el ave que no tiene
alas?
—La ave-llana.

Berraco, Calínez y Abed-el-Krim.

Discuten dos gachós, uno de ele-
vada estatura y otro bajísimo, en
una taberna sevillana.

EL BAJO.—¡Compare, cualquiera
se pone a robar higos en un jardín
con usted! ¡Cuando uno se haya su-
bio al árbol, ya se los ha trajelao
usted tóos!

EL ALTO.—¡Cáyate, malage, que
no te escupo encima porque no sa-
bes nadar!

An Englishman.—Algeciras.

CASA JIMÉNEZ

Primera casa en

OBJETOS PARA REGALOS

Aparatos fotográficos.
Cinematografía.

Preciados, 58 y 60.

Don Joaquín dice a su hijo en el
momento de abonar la cuenta del
colegio:

—Ya ves, hijo mío, lo caros que
cuestan los estudios.
—¡Y eso, papá, que yo soy de los
que estudian menos!

*Julián Guadilla Palacios.
Bilbao.*



HERNIAS
Bragueros cien-
tíficamente
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

Entre valencianos.

—¡Pepet, he adquirido un auto-
móvil!

—¿Fiat?

—¡No! ¡Al contat!

Pedro Vizcaíno.—Melilla.

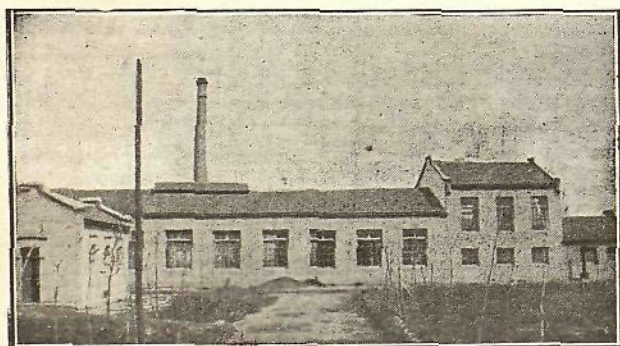
Una señora va a subir a un tran-
vía y nota que hay un pasajero bo-
rracho. Se dirige al cobrador y le
habla en esta forma:

—¡Oiga usted! ¿Está permitido
viajar en el tranvía a una persona
beoda?

—¡No, señora!—dice el cobrador
amablemente.— ¡Pero suba usted,
estése quieta y no hable nada, y
procuraremos que no lo note nadie!

César Oddone.—Barcelona.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.



ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Tel. 50-05 M.

"La Paquita"

Nueva fábrica de papel continuo
BALBINO CERRADA

41, Antonio López, 41

Teléfono 23-33 M.

(A cinco minutos del Puente
de Toledo)

MADRID

...

Se fabrica toda clase de
papeles de edición, satinados
finos, dibujos, escribir, etc.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

| | |
|------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números) | 5,20 pesetas. |
| Semestre (26 —) | 10,40 — |
| Año (52 —) | 20 — |

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

| | |
|------------------------|---------------|
| Trimestre (13 números) | 6,20 pesetas. |
| Semestre (26 —) | 12,40 — |
| Año (52 —) | 24 — |

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

| | |
|-----------|------------|
| Trimestre | 9 pesetas. |
| Semestre | 16 — |
| Año | 32 — |

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

| | |
|---------------|--------------|
| Semestre | \$ 6,50 |
| Año | \$ 12,— |
| Número suelto | 25 centavos. |

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

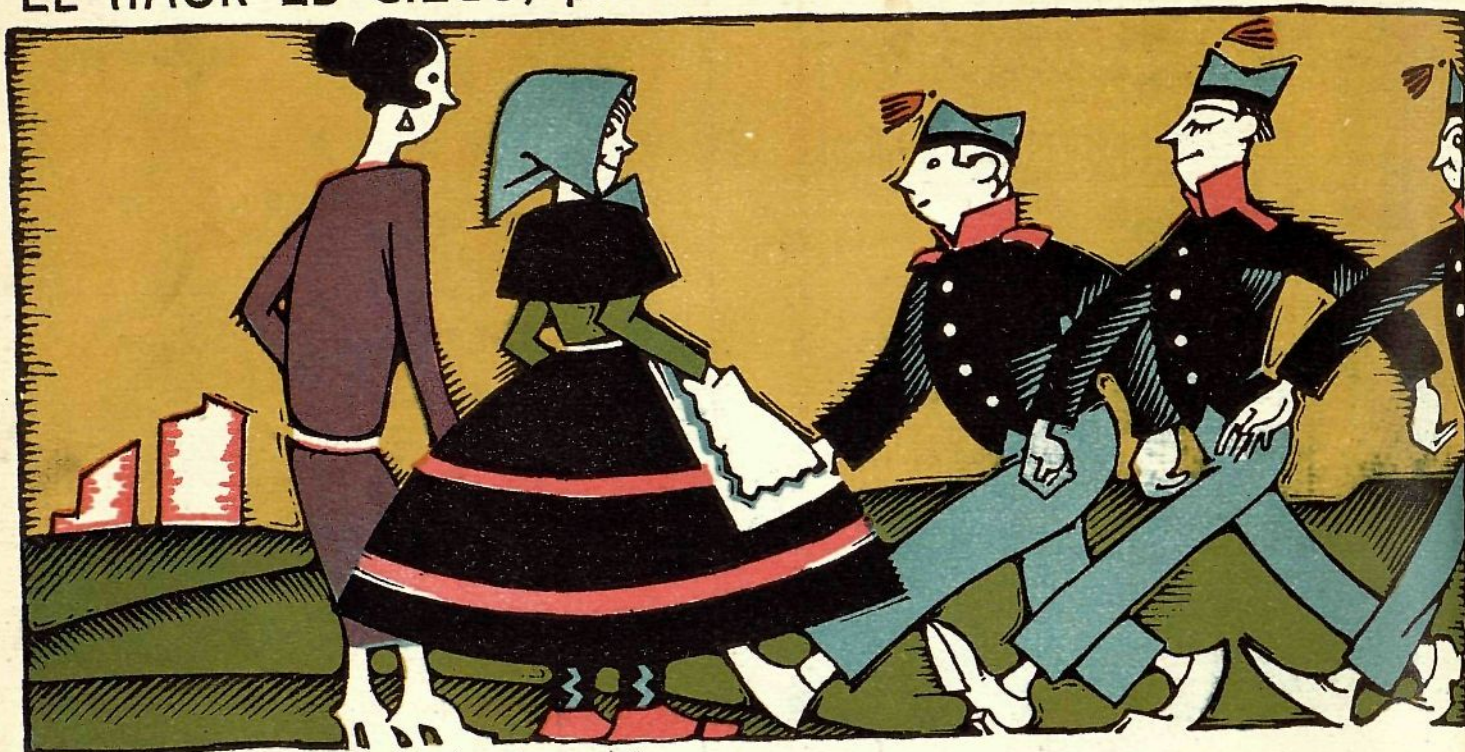
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin faltarlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habana: droguería de Sará, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

EL AMOR ES CIEGO, por Barbero.



- Pero oye, Ufrasia, ¿cuándo viene tu novio?
—Es de los últimos; le conocerás deseguí porque es el más guapo del rigimiento.
—¡Ah!



- Ve aquile. ¿No te ícía yo?... ¡Hay que ver cómo le cae la ropal
—¡...!